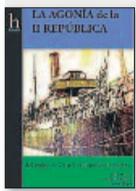


EL LIBRO



LA AGONÍA DE LA
SEGUNDA REPÚBLICA

AUTORES

► Eladi Mainar,
José M. Santacreu y
Robert Llopis

LA XARA EDICIONS. COL. HISTORIA, 6. 155 PÁG. 12 €

Presentación, en la Universitat de València el martes 8 de abril

► Los historiadores Eladi Mainar, José M. Santacreu y Robert Llopis presentarán «La agonía de la II República. Del golpe de Casado al final de la guerra» el martes 8 de abril, a las 19 horas, en La Nau, la sede histórica de la Universitat de València.

partió al exilio aprovechando que la Armada británica había enviado una flotilla para evacuar a 168 presos de guerra italianos.

Entre el 6 y el 28 de marzo, cuando partieron los dos últimos mercantes con refugiados desde puertos republicanos (el francés «Lezarioux» desde Valencia con unos 500 exiliados y el británico «Stanbrook» desde Alicante con 2.638 pasajeros), solo una docena de barcos extranjeros con más de 6.000 republicanos embarcados «previo pago de grandes sumas de dinero» pudieron burlar el bloqueo naval franquista, relatan los historiadores.

Desbandada total

El 28 de marzo cae Madrid y el mando del Ejército republicano de Levante ordena a sus tropas que esperen desarmadas a los soldados franquistas. La desbandada es total. Todos los militantes de izquierdas que se habían significado durante la guerra buscan huir como sea. El rumor de que en Alicante hay barcos desata una huida en cualquier vehículo capaz de rodar.

El 29 de marzo Valencia es una ciudad abierta en la que los falangistas de primera y última hora que celebran la inminente victoria se mezclan con la masa de soldados que han abandonado el frente. Un jefe de Falange, Santamaría, vestido con su uniforme se presenta en el Cuartel General de Casado en Capitanía para informarle de que no controlaba la situación en Valencia y le pide que emita una alocución por radio llamando a conservar el orden. El ingeniero Font de Mora también se ofrece a Casado como mediador ante Falange.

La comunicación radiofónica del coronel comienza a las 13.30 horas con la «Marcha Real». Un cuarto de hora antes un grupo de falangistas había tomado el ayuntamiento y proclamado alcalde de Valencia a Francisco Londres. Sumérito, ser el primero en ondear la bandera bicolor desde el balcón consistorial. Tras aquel último mensaje, Casado marcha con su Consejo de Defensa hacia Gandía. «No nos queda nada que hacer en Valencia». A las 10 de la mañana del 30 de marzo, el general Aranda entra en la ciudad sin disparar un solo tiro.

ENFERMERA DEL HOSPITAL PASIONARIA DE VALENCIA

Paquita Torres López

► 92 AÑOS

«Camiones llenos de gente que chillaba “¡Viva Franco!” recorrían Valencia»

► En abril de 1937, cuando le faltaban dos meses para cumplir los 16, entró a trabajar como enfermera junto a su hermana mayor en el Hospital Pasionaria de Valencia, instalado en colegio de los Salesianos. Como era la más pequeña, sus compañeros le llamaban «La Peque». Allí descubrió el horror de primera mano. «Que no venga nada de eso otra vez», suspira. «Trabajábamos en turnos de 12 horas, pero cuando había bombardeo o llegaban trenes con soldados heridos empalmábamos la noche con el día», recuerda. Conforme avanzaba el frente hacia Valencia, se recrudescían los bombardeos de la ciudad y se desmoronaba la República, crecían las carencias del hospital. «Hubo un momento que dejaron de llegar suministros y no teníamos de nada: la anestesia para amputar a los heridos de metralla era una botella de coñac y teníamos que reutilizar las vendas usadas tras lavarlas y esterilizarlas en el autoclave. Aquello había que vivirlo...»

ALUMNA DEL INSTITUTO ESCUELA DE VALENCIA

M.^a Luisa Torres Testón

► 88 AÑOS

«El dinero de la República no lo quería nadie, y si no tenías tabaco no podías comprar»

► «Tenía 13 años y estudiaba segundo de bachillerato en el Instituto Escuela de Valencia», en lo que había sido el colegio de los jesuitas. Este era uno de los tres centros, junto al de Barcelona y Sevilla, que había creado la Institución Libre de Enseñanza. «No llevábamos libros ni había pupitres, trabajábamos en grupos de cuatro y nos hacían leer mucho e insistían más en que superáramos expresarnos. Los profesores se desvivían por ayudar a los alumnos que les costaba más aprender... Una enseñanza soberbia cuyo nivel no se ha recuperado todavía», lamenta. Recuerda aún con miedo los bombardeos. Vivía en la calle Llíria, en el barrio del Carmen, y no había refugios para todos. «Nosotros íbamos a una planta baja de la calle Sogueros donde había más gente para al menos morir en compañía». Dice que el final de marzo del 39 fue «horrible». El 25 falleció su abuela y «de tantos bombardeos que hubo ese día pensábamos que no íbamos a poder enterrarla». Fue el último ataque de la aviación de Mussolini. Su recuerdo de esos últimos días de guerra también es el del hambre: «El dinero de la República no lo quería nadie,

ESTUDIANTE DEL INSTITUTO OBRERO DE VALENCIA

Agustín Quiles

► 92 AÑOS

«Habíamos pasado tanta hambre, que había alegría porque se acababa la guerra»

► «Habíamos pasado tanta hambre y amenazas que había alegría porque se acababa la guerra, aunque luego lo pagamos bastante caro con fusilamientos a diestro y siniestro», relata Agustín Quiles. Cuando acabó la contienda tenía 18 años y era alumno del Instituto Obrero de Valencia, que compartía parte las dependencias del incautado colegio de los jesuitas con el Instituto Escuela. La República constituyó los institutos obreros, en los que se impartían los cuatro cursos concentrados en cuatro semestres, con el fin de facilitar el acceso a la universidad a los hijos de las clases trabajadoras. Agustín, que era hijo del secretario del ramo de la piel del sindicato anarquista CNT en Valencia, revive las horas previas a la toma de Valencia por las tropas del general Aranda. «La plaza de Emilio Castelar estaba llena —actual plaza del Ayuntamiento—, y la euforia que veía en la gente hay que confesarlo

Dos meses antes del final de la guerra fue trasladada a Alzira, pero el 29 de marzo, un día antes de que las tropas de Franco entraran en Valencia, volvió a la ciudad a reunirse con su madre y sus cinco hermanos. Cuando llegó le sorprendió la cantidad de camiones y coches que recorrían las calles «llenos de gente chillando “¡Viva Franco!” y con la bandera» bicolor. Los que habían tenido que esconderse u ocultar su militancia durante la guerra habían tomado la ciudad. Su padre, el doctor Julián Torres Fraguas, cuando falleció de tífus en agosto del 36 en Madrid era un destacado líder de la UGT nacional. Su madre, su hermana y ella perdieron el trabajo con la caída de la República. Para salir adelante se puso a vender calendarios de santos a media peseta de puerta en puerta. Su novio, que tenía 17 años y no había llegado a ir al frente, fue uno de los miles de soldados republicanos recluidos nada más acabar la guerra en el coso del Carrer Xàtiva reconvertido en campo de concentración. «Si tenías dinero o el aval de alguien de derechas, salías enseguida; pero si no tenías “padrino”, allí te quedabas», añade. En 1946, los dos se exiliaron en Venezuela, no volverían hasta 1998.



Paquita Torres López.

y si no tenías tabaco para cambiar no podías comprar nada». Lo que más le impactó fue «la apoteosis» que se vivía en Valencia horas antes de la entrada de las tropas de Franco. «En las calles había alegría porque se había terminado la guerra y nos esperaba no sabíamos qué». Entre aquella muchedumbre que recorría el paseo de la Pechina se mezclaban los falangistas que celebraban la victoria con los soldados republicanos que volvían en desbandada del frente. Fue también testigo de la entrada de los primeros curas en el Instituto Escuela: «Venían a tomar posesión de lo suyo y yo entonces comprendí que se había derrumbado todo». Cuenta que se marchó a casa a llorar. La posguerra fue durísima para M.^a Luisa. «Mi padre estuvo en la cárcel un año por “rojo peligroso”, y mi madre y yo nos quedamos sin nada». «Cuando empecé a haber algo de género en el Mercado Central llegamos un día a las 5 de la mañana para hacer cola. Abrieron a las 8, pero la mujer que iba delante estaba ciega y se cayó. Fuimos las únicas que nos paramos a ayudarla y cuando llegamos a la parada ya se habían acabado los números y no quedaba nada. Mi madre y yo nos fuimos llorando a casa porque no teníamos nada que comer».



M.^a Luisa Torres Testón.

que me fastidiaba, pero reconozco que estaban contentos porque pensaban que Franco nos iba a dar pan y a permitirnos vivir con tranquilidad, nadie se imaginaba los años de hambre y palos que venían». Recuerda que en las últimas semanas de la guerra las clases se suspendieron en el Instituto Obrero. Tanto en esta institución como en el vecino Instituto Escuela cada vez había menos profesores porque eran movilizados para ir al frente.

En esos postreros días de la República cuenta que «a unos cuantos alumnos nos enviaron allí a destruir la documentación que quedaba en el Instituto Obrero, para evitar las represalias posteriores». «Estábamos quemando papeles y las tropas nacionales ya estaban a las puertas de Valencia», añade. Su padre no fue detenido al acabar la guerra: «Nos quedamos en casa y pasó desapercibido, pues vivíamos al lado del manicomio de Jesús en lo que entonces era la parte más pobrecita de la ciudad». Con la derrota también perdió su sueño de llegar a la universidad. «La educación nos la cerraron a cal y canto, pues nos consideraban enemigos del catolicismo», lamenta.



Agustín Quiles.